

Agridulce
Por Timothy Mo
(Anagrama)

Timothy Mo forma, junto con Julian Barnes, Martin Amis, Ian McEwan, Kazuo Ishiguro, una camada de novelistas británicos nacidos en la segunda mitad de la década del cuarenta que, desde hace varios años, viene obteniendo por sus obras buena resonancia en la crítica, el público y las instituciones que otorgan premios. Nacido en Hong Kong en 1950, de padre chino y madre inglesa, Mo (al igual que el japonés Ishiguro) llegó a Inglaterra siendo niño, y ha escrito toda su obra en inglés.

Agridulce (publicada en su idioma original en 1982) trata de dos tipos de familia: los Chen, inmigrantes chinos en la Londres sesentista (un matrimonio, su hijo nacido en Inglaterra, la hermana de ella, luego el padre de él), y los Hung, una sociedad de la mafia china, de antigua data, con base central en Hong Kong y “organismos descentralizados” en varios lugares del mundo, Inglaterra entre ellos. Ambas partes permiten un cierto toque de exotismo, aunque con diferentes grados de hallazgo.

El eje, y lo más “novelístico” de la novela, está en los Chen. Si bien al principio su historia va construyéndose con excesiva levedad y lentitud (es decir, lentitud sin densidad suficiente), el oficio del autor para urdir la trama (de riqueza *in crescendo*) y los personajes (diversos y encantadores cada uno a su modo), y el partido que sabe sacar del extrañamiento con que la sociedad inglesa es vista por ojos orientales y de la trastienda de los restaurantes chinos en versión de quien conoce la comida china casera, van conformando una atmósfera en que el lector ingresa poco a poco y casi imperceptiblemente.

La parte que se ocupa de la familia Hung, en cambio, muy bien documentada (Mo da a conocer en nota final la bibliografía de que se valió), no pasa de relativamente superficial. En ese sentido quizás deba anotarse como un punto a favor el que se le dedique bastante menos espacio que a los Chen. Si descartamos que una novela vaya a ser un documento para informar sobre este tipo de actividades más o menos ocultas (para eso están, llegado el caso, las crónicas policiales, el periodismo de investigación, la bibliografía específica como aquella a que el autor recurre), su función dentro del relato, mucho menos productiva, se limita a lo que el lector está esperando desde que leyó los dos primeros capítulos: que ambas historias se entrecrucen. Y eso sí que está bien logrado, mediante la inclusión esporádica y oportuna, como pañuelos que dejara caer una dama a su paso, de breves párrafos alusivos que sugieren lo indispensable sin ser demasiado explícitos. Es el señor Chen, necesitado de dinero para asistir a su padre enfermo, la clave de la conexión. Y su carácter parco y su reticencia a informar de los detalles a la propia familia son la clave para que la historia se despliegue y avance entre silencios y malos entendidos, acudiendo a la complicidad del lector que conoce lo que unos personajes ignoran de otros.

La traducción de Maribel De Juan está hecha en España, y por lo tanto, como es lógico, emplea algún vocabulario que no resultará habitual para un argentino (¿cómo pretender que un español “estacione el auto”?). Con todo, es más que sobria a este respecto, y, si uno no es hipersensible a tales detalles (más allá de añorar una época en que tenían trabajo los traductores argentinos) se deja leer sin mayores tropiezos. (387 páginas.)

Pablo Ingberg